

EL MOZOTILLO DE POCHE(S) ✓

Nueva York, Agosto de 1913.

Señor don Tobías Zúñiga Castro,

San José de C. R.

Mi querido Tobías:

.....

y va de cuento. A raíz de la muerte del inolvidable Pochet, la familia, agradecida conmigo por lo poco que por él hice en su última enfermedad y entierro, me obsequió un mozotillo admirable que había pertenecido a don Eduardo; lo conservé por unos meses, hasta que mi mamá y mis chiquillas se vinieron para Nueva York y lo mandé con ellas para que les recordara la patria ausente y para admiración de cuantos le escucharan. Cuando llegó a Nueva York y fué instalado en jaula nueva en la ventana del comedor en casa de Marcelina, en Bensonhurst, cantaba

con la robusta voz de la juventud,—tenía cerca de tres años de edad. Pasaron años y el insigne mozotillo trinaba cada vez con mayor dulzura, pero cada vez con menor aliento; acabó,—al cabo de los siete años cumplidos,—por no cantar más, pero con un apego entrañable a los huesos y pellejo y las cuatro plumas erizas que le quedaban. Una tarde calurosa de verano, al entrar al comedor, me acerqué a la jaula de Pochet y al mirarlo hecho una bola de pelillo gris, acongojado y compungido, caídas las alas que fueron su orgullo, cenicienta la capa de azabache y desteñido el pecho de oro que fueron sus preciadas galas, mudas las cuerdas de su lira de cristal, sentí tristeza y lástima y quise levantarlo de su nostalgia; lo saqué de su jaula, lo paré en la enredadera de rosas que bordeaba la ventana y, escondiéndome entre las cortinas de verdura que cubrían los muros, imité el silbido dulce y cadencioso de los mozotillos.

Al oír aquel silbido, el pajarito se estremeció, sacudió las desplumadas alas, se irguió gallardo como en sus mejores años, y cantó, esforzándose en imitar los gorgoritos de antaño. Pasaron por su imaginación, en confuso tropel,

las memorias de sus días de encantadora libertad, cuando en la movediza rama del cafeto en flor, llamaba con trino acariciador a su mozotilla, que picoteaba las semillas de la setilla al pie del rugoso tronco de poró; el rayo de sol que acuchillaba los rosales, se le antojó saeta vibradora de nuestro sol tropical; el chorro de la regadera en el jardín era para él el murmullo del ojito de agua que brota allá entre las peñas, del ripio de nuestras quebradas; y sus ojos velados por las nubes de los años, tomaron el cielo de plomo de estas latitudes por aquel trozo de zafiro que es nuestro cielo. Y cantó sin descanso, recorriendo la escala de su canto toda la gama de su vieja garganta, con infinita ternura, con trémula melodía, con arpegios de ruego, con fugas de súplica; como canta el indio colombiano las nostalgias de su raza al són del gracioso tiple, como el goajiro canta al pie de las palmeras sus inimitables «quebrantos», como el árabe andaluz arranca de su garganta los «jondos quejíos de sus soleaes». Y cuando la hembra de sus ensueños no llegó a posarse a su lado, ni lo llamó, escondida entre las hebras de la perfumada grama, ni le batió las alas, meciéndose en la

vena de la amplísima hoja de guineo, cuando comprendió que todo había sido un sueño, una cruel ilusión, un nuevo desengaño, cesó su canto, ocultó la cabecita calva debajo del arranque de una ala y volvió a apelonarse, indiferente a cuanto a su lado pudiera pasar. Dos días después había muerto: ¿lo mató la inmensa alegría de aquel momento o la infinita tristeza del desengaño? No lo sé, tal vez ambas cosas,—que ambas matan o hacen vivir eternidades, según la sensibilidad del sujeto que las recibe.

Pues bien, mi querido amigo, ese es mi cuento o mi historia; el pajarito de mi relato tú lo conoces; tuvo sus días de gloria, sus auroras interminables, de constante trinar; sus aventuras entre los jarales de la quebrada y sus harturas de dicha allá en la tierra de los poroses, de los guineos y de los cafetos en flor; hoy vive en jaula nueva, sus comederos limpiísimos están llenos del mejor alpiste y del nabillo más fino; tres lindas muchachas lo acarician, le cambian el agua, lo asolean con sus gracias y sus cuidados; pero no puede moverse en el estrecho enrejado de su jaula y le hacen mucha falta su sol, sus campos, sus montañas, sus chamarascas,

y más que nada, los otros mozotillos, machos y hembras, con los cuales pasó los años dorados de su existencia, y aun los setilleros, agüños, soterrés, yigüirros, monjes, caciques, picudos, jilgueros, naranjeros, tijos, chinchibirfes, bobos, tucanes y humildísimos comemaíces que con él revoloteaban en los higueros de la Plaza Principal, en las moreras de la Iglesia Protestante, en los guineos de don Ezequiel Herrera y en las matas de azul del solar de Cholita. Y antes que me pase lo que al Pochet de mi historia, he decidido ir a mi tierra, a verla otra vez, a canturrear allá de nuevo siquiera por un par de semanas, con mis tres mozotillitas, a las que dejaré por mayor tiempo. Y lo haré en el gran mes de Diciembre, notable por los toros, por los disfraces, por el nacimiento del Salvador y por mi cumpleaños. ¡Con que, hasta luego!

.

MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN

Pandemonium, 24-XII-1913.

ELOGIO DE LA LENGUA MATERNA *

Los que somos de origen hispano, consideramos esta lengua como cosa sagrada.—Ella ha sido intérprete de las glorias y de los pesares de la patria; en ella recibimos el precioso legado de nuestra historia; en ella están escritos nuestra fe de bautismo y el epitafio de nuestros padres; con un grito de esa lengua expresó nuestra madre el angustioso dolor de nuestro nacimiento y con ella gorjeó en nuestros oídos su primer dulce caricia; con ella pusimos melodía a nuestros primeros acentos; con ella balbuceamos nuestras primeras oraciones y recibimos los primeros consejos; con ella penetraron a nuestro cerebro las enseñanzas de la Ciencia; con ella expresamos a la amada de nuestro corazón, nuestro sincero cariño y sus melifluas palabras llenaron de gozo nuestras almas; en ese

* Fragmento del Discurso de apertura en la Fiesta inaugural del CÍRCULO LITERARIO HISPANO de Nueva York, Abril 4 de 1911. Magón habló como Presidente de ese Círculo.

idioma, al borde de la cuna, dimos la bienvenida a nuestros hijos y al borde del sepulcro, dimos la despedida a nuestros padres; y con él hemos expresado nuestras alegrías, nuestros dolores, nuestras glorias y nuestras decepciones; en esa lengua hemos pedido a Dios el pan de cada día y el consuelo de cada instante; y ella vibrará por última vez en nuestros labios cuando, al final de la jornada, enviemos el postrimero adiós a la vida.

✓ PARA JUSTICIAS, EL TIEMPO

FUÉ en la Noche Buena de 1872, y si hubiera sido en la de 1912, mis recuerdos no serían más claros. Esa noche cumplíamos años Nuestro Señor Jesucristo y yo, y con tan plausible motivo, en mi casa se armaba la gorda, pues mi familia ponía portal y, de refilón, me celebraba el natalicio. Por lo menos, yo me creía que todas las fiestas, músicas, villancicos, bailes de pastores, juegos pirotécnicos y demás jolgorios, no tenían otro objeto que el de celebrar el aniversario de mi venida, a éste que yo entonces juzgaba como valle de miel y hojuelas. Además, acababa yo de laurearme de Doctor en Cartilla y Doctrina Cristiana, algo así como *in utroque jure*, en la jamás bien ponderada y recordada escuela de primeras letras de doña Eusebia Quirós, precursora de Froebel y de todos los *kinder-gartens*. De modo que mi cumpleaños, la terminación de mi carrera primaria, y la coincidencia de ser Noche Buena, vinieron a presentar excusa para inusitadas alharacas.

No sé si fué con motivo de tales acontecimientos, pero es el caso que, para esa noche, se anunciaba la inauguración en la Plaza Principal del Circo Ciarini (Charini lo llama la Historia) el primero que llegaba a Costa Rica con leones, tigres y zebras, el primero que nos hacía el grandísimo honor de presentarnos el gran salto Leotard, y el primero que nos distinguía con las desternillantes gracejadas de un *clown*, «envidia de arlequines y payasos en el universo entero»; así lo decían los grandes cartelones que ostentaban sus brillantes colorines en todas las esquinas, hasta en la de mi casa, en donde un furibundo tigre de Bengala, azotado por un hermoso gladiador romano, saltaba por entre un aro de llamas, que a gran altura sostenía una gladiadora romana, en tanto que, montados en el lomo de un leonazo de Numidia, hacían ejercicio unos gladiadorcitos, también romanos.

De fondos andaba yo sumamente escaso; la entrada a gradería, para esa función de circo, «para niños menores de diez años, cincuenta centavos; para adultos, un peso»; eso costaba. Yo era niño menor de diez años, pero no tenía la menor idea de lo que era

ser adulto, y como al «torcido todas se le hacen», nada de extraño tendría que fuera yo a resultar adulto, justamente cuando menos necesitaba serlo. Había que poner en claro ese punto interesantísimo, antes de echarse por el mundo en busca de los reales para la entrada. Afortunadamente, Juan Castro, viejo soldado del 56, y encalador oficial de mi morada, me sacó de la tremenda duda. Estaba el hombre echando sapos y culebras, por la pegada del cartelón en la parte recién encalada de nuestra casa, cuando me acerqué a él con mi consulta.

—¡Hombre, Juan! ¿quiénes son los que son adultos?

—¿Qué es la cosa?

—Que si vos sabés qué es adulto.

—Claro que sé ¿pa qué querés saber?

—Pa la entrada al circo.

—Pa vos son de a cuatro reales, dejá de estarme jorobando y largate de aquí con tus geografías.

Se me quitó un gran peso de encima. Juan tendría sus razones para no explicarme el significado de la misteriosa palabra, pero ya sabía yo que, fuera lo que fuera, a mí no me tocaba. Y me largué en busca del empréstito.

Vendí mis bonos a la par, sin interés ni comisión y a cinco sábados de plazo, a mi padrino bautizante el Excelentísimo doctor don Martín Mérida, Enviado Extraordinario de la República de Guatemala en Costa Rica, e hipotequé mi palabra de honor, libre hasta entonces de toda clase de gravámenes y servidumbres. A la memoria de mi ilustre padrino debo infinitos respetos y cariños por mil otros servicios y bondades, pero ese ocupa preferente lugar en mis recuerdos. ¡Que Dios se lo haya tenido en cuenta, si de abonos de alguna especie hubiere necesitado aquel cumplido ministro de Dios y de su patria, excelente caballero y noble amigo!

Y como yo era «niño menor de diez años», y tenía en mi bolsillo los consabidos «cincuenta centavos», al circo me fuí derecho a comprar mi entrada y asiento de gradería. Eran las tres de la tarde, y los anuncios marcaban las ocho de la noche, como hora para dar comienzo el espectáculo.

Naturalmente, la boletería no estaba aún abierta; en la espaciosa carpa extendida en la esquina sudeste de la Plaza Principal, y adornada con banderolas y gallardetes de todos los colores y nacionalidades, se llevaba

a cabo la faena de aplanar el redondel, en donde los caballos habrían de ejecutar sus proezas, y de cubrirlo con serrín de madera que estaba amontonado al lado de la carpa. Las fieras, la maravillosa zebra, la colección de monos sabios, los caballos, los ponies, la mula mañosa y demás elementos de la colección zoológica, estaban ya ocupando una pequeña carpa vecina a la del espectáculo; los mozos no se daban punto de reposo en el arreglo de trapecios y argollas, garfios, roldanas y torniquetes; las grandes farolas o candilejas rebo-saban petróleo; los andamiajes de la gradería resonaban a los continuos golpes de martillos y de mazos; las lonas de la inmensa carpa ondeaban a impulsos del viento alisio de Diciembre, formando oleajes difícilmente contenidos por los tirantes de recio cable, y producían ruidos sordos como de lejano trueno. Y en medio de aquel va y ven de peones y maromeros, el señor Ciarini, con sus altas botas charoladas y su sombrero chambergo, sus gruesos bigotes y perilla al estilo de la casa de Saboya, y un pequeño látigo que su impaciencia hacía crujir. ¡Qué espléndida figura, qué majestuoso portel!

A él me acerqué con mis cincuenta centavos, y respetuosamente le requerí para que me

vendiera el mejor asiento de gradería que pudiera ofrecerme. No se dignó atenderme; con voz imperiosa me dijo:

—Ayude a traer el serrín para el redondel, ¡apure!

Y quedé convertido en sirviente, por obra y gracia de su insolente imposición. Estuve acarreado serrín, hasta que el redondel quedó completamente preparado; después me mandaron a acarrear agua para las bestias; el balde era pesado, pero mi energía era inquebrantable; gran parte del agua me bañaba de media pierna para abajo; poca llegaba a la canoa de las sedientas alimañas.

Por fin, todo estaba listo, nos arrojaron fuera de la carpa a todos los muchachos ayudantes, y no nos dieron ni las gracias. No las necesitaba. Yo había tenido el honor de conocer al señor Ciarini; había visto al *clown*, y hasta le había ido a comprar un real de tabacos; había estado a cinco pasos de distancia de la jaula del león, y a seis o siete de la de los tigres; había visto la zebra, y hasta había presenciado el acto de pintarla o repintarla con nitrato de plata, que manchaba los dedos de negro, que ni el mejor jabón podía disolver. Todo lo había visto, observado, catalogado; era

el más feliz de los niños menores de diez años que encerraba la tranquila ciudad de San José de Costa Rica, en el mes de Diciembre de 1872.

Esperé, cercano a la candileja, a que abrieran la boletería; compré el primer boleto, y corrí con él a casa a lavarme, a peinarme, a sacudirme para volver sin demora a escoger puesto en la gradería, y situarme en el punto más conveniente, para gozar de todas las peripecias del espectáculo. No quise comer; al diablo con el apetito; lo imperioso era el Circo, y a él regresé sin demora.

Aún hube de esperar a que la policía, los serenos, llegaran a ocupar sus puestos de vigilantes; nadie me arrancaba de la cuerda que sujetaba la cortina de la puerta de entrada. ¡Por fin!...

La gran candileja central iluminaba con radiaciones de incendio todos los ámbitos de la gran carpa; escogí mi puesto, lo cambié varias veces: éste era demasiado alto, aquél demasiado bajo, el otro no quedaba exactamente en frente del trapecio, éste sí, éste, el mejor sin duda, mirando al espacio en donde se situaba la banda militar, a espaldas del palco del Gobernador, frente al boquete por donde tenían que aparecer los artistas; sí, éste era el «más mejor,» y allí me senté y me

acomodé, como si me hubiesen clavado, atornillado con pernos y tuercas.

Fué llegando toda la gente, primero por parejas, luego por grupos, más tarde por montones, y se llenaron las galerías, los palcos, los pasillos; no había en donde echar un alfiler; el Gobernador, don Mateo Mora, con su Secretario y el Fiscal, y muchos otros señorones, y señoras con crinolinas y vuelos, y bucles y peinetones, y la banda tocando sus mejores y más incitantes pasos dobles, y los chiquillos vendiendo confites y distribuyendo programas, y el león rugiendo en su jaula, y los tigres maullando como inmensísimos gatos, y los monos chillando, y yo en la gloria, sí, señores, en la gloria, como yo me figuraba la que en el Catecismo de Ripalda se promete a los buenos, a los justos, a los inocentes.

De uno de los grupos tardíos que buscó acomodo del lado en donde estaba mi asiento, se desprendió un hombre como de unos veinticinco años, pequeño de estatura, macizo, pelo rizado, ojos azules, barba y bigote rojizos; recorrió con la mirada la galería, y al divisarme se vino derecho a mí, abriéndose campo por entre la apiñada muchedumbre que ocupaba las gradas inferiores; me tomó bruscamente

la muñeca, y colocó el dedo del corazón sobre la arteria de mi puño.

—Chiquito ¿qué es lo que usted tiene?— me dijo con aire de gran preocupación.

—Nada, señor, yo no tengo nada.

Me pasó la mano izquierda por la frente, y me dijo:

—Usted tiene una gran calentura ¿dónde vive usted?

—A dos cuerdas de aquí, esquina opuesta al Seminario.

—Pues hijito, corra a su casa a que le hagan algo, porque usted está muy enfermo, corra; yo le cuido el asiento.

La excitación nerviosa en que yo me encontraba, la fatiga de los trabajos del día, el pequeño resfriado que la mojada de las piernas y pies me había ocasionado, y la falta de alimento durante las últimas diez horas, unido a la seriedad con que aquel hombre me hablaba, me sugestionaron al extremo de sentirme acalenturado. Puse toda mi confianza en mi improvisado protector, le entregué mi asiento, y salí escapado para casa a que me hicieran algo, con la esperanza de volver inmediatamente, sin perder ni siquiera la primera parte del programa.

A casa llegué desalado, acudí a mi abuela, que era nuestro médico de cabecera, expúsele mi querrela, contéle las circunstancias, y rióse de mi simplicidad.

—¿No tengo calentura? ¿Y cómo el hombre me dijo?...

—No sea bobo, hijito, vuélvase al Circo; ese hombre, lo que quería era quitarle su asiento, ármele un escándalo, pero no lo deje que se lo quite.

¡Mil rayos y mil millones de centellas! ¡Lo que es ese pelo-colorado, no se ríe de mí!

Al Circo volví, lleno de indignación, rabioso, herido en lo más íntimo de mi alma de niño menor de diez años.

Cuando el hombrecillo me vió acercarme, soltó una carcajada que aún resuena en mis oídos. Atropellé a los espectadores, me escurrí entre las gradas, y llegué hasta mi hombre.

—¡Déme mi asiento!

—¿Cuál asiento? ¡No venga a molestar!

—¡Que me dé mi lugar, viejo mentiroso!...

Me dió un empujón, me arrojó de la gradería, y llamó a uno de los serenos, a quien me denunció como atropellador y escandaloso. El policía no oyó mi alegato, me amenazó con echarme fuera de la carpa si no

me sosegaba; los circunstantes, empeñados en escuchar las gracejadas del gran *clown*, me ordenaron callar. Comprendí que estaba perdido, si pedía que se me hiciera justicia; de nada me valía mi personal amistad con el señor Ciarini; el Cielo me había abandonado. Me resigné, y tuve que pasar el resto de la representación confundido con la multitud en uno de los pasillos, sin poder ver lo que pasaba en el redondel, que yo había ayudado a cubrir de fresco y oloroso serrín de cedro, sin ver la pantomima, sin mirar las piruetas del *clown* ni sus habilidades con varitas y bonetes; de las fieras, sólo los rugidos y aullidos pude escuchar; y muy de tarde en tarde lograba apenas divisar, por entre las piernas y barrigas de los adultos, la regordeta figura de la equitadora, los amplios pantalones del payaso, las patas pintadas de la zebra, y las ruedas de las jaulas de las fieras. Sólo el salto Leotard vi, allá en el aire, a prodigiosa altura; el maromero que lo dió, se meció por largo rato en un trapecio; otro maromero colgaba de las corvas, de un par de argollas pendientes del techo; el saltador soltó el trapecio, hizo un giro gracioso en el espacio, y cayó en los brazos del otro, sin sacudimiento,

sin precipitación; bajó por una cuerda al redondel; le perdí de vista. El público aplaudió frenéticamente.

Mi hombre, mi pelo-rojo, el grandísimo mentiroso que me había arrebatado mi asiento y me había engañado y maltratado, reía, aplaudía, gozaba inmensamente, tanto o más que todo el resto del público. Me sorprendió que gozara, pues yo creía que todos los hombres tenían conciencia; así lo dice el Catecismo de Ripalda. Está equivocado.

A mi vuelta a casa, nada dije; a quienes me preguntaron por la función del Circo, les hice fantásticas descripciones de cuanto no había visto, y exageradas apreciaciones del gran salto. Oculté mi humillación, y a nadie confíé mi inmenso quebranto.

Cuando llegó la hora de los cánticos y de los villancicos al Niño Dios, todos los muchachos nos acercamos al Portal, y entonamos con los viejos nuestras saluciones al Salvador del Mundo. Al final, se rezaba un Rosario acompañado de músicas y pólvora, y en una de las partes de éste se hacía la petición, se presentaba verbal o mentalmente la solicitud a Dios de los favores deseados, de las necesidades satisfechas, de los perdones merecidos.

Entonces, me acordé de que hay un Dios de Justicia, un Señor de todo lo creado, Todopoderoso, para quien todos los peli-colorados del universo, todos los serenos y policías de la Tierra, todos los que se burlan del dolor de los «niños menores de diez años», son como el polvo del camino arrebatado por el viento, como la hoja seca deshecha por la tempestad, como la nube herida por el rayo; y a ese Dios y Señor le pedí justicia para ese mismo instante, para el día de mañana, para dentro de muchos años, pero justicia.

Y siguió la fiesta y la cena de tamales olorosos, y el baile, y, por fin, el sueño, aliviador de todos los pesares.

* * *

Era el año 1896, veinticuatro años más tarde.

Entre varios documentos de plazo muy vencido y escrituras hipotecarias que debían ejecutarse, otorgadas a favor de mis poderdantes, los señores William Le Lacheur y Son, de Londres, campaba en mi escritorio la de un tal Perico de los Palotes, a quien llamé a mi oficina para que me hiciera proposiciones para evitar el remate de su finca.

El día señalado en mi citación apareció el sujeto. Le reconocí en el acto. Los veinticuatro años no habían borrado sus facciones, no habían cambiado su fisonomía; la misma cabeza rizada, los mismos ojos azules, la misma barba de herrumbre salpicada de manchones blancuzcos, sucios.

—¿Qué desea usted?

—Vengo a su llamamiento para ver si logro que me dé un respiro para el pago de mi hipoteca. Las cosechas han sido malas; el precio del café no paga las cogidas; los animalillos no tienen pasto, porque los potreros están secos; parece que me hubiera caído la maldición de Dios. Si me obliga al pago inmediato, habrá que rematar la finca, y me deja en la calle; si me espera, pagaré en un par de años, con intereses y gastos, y me salvo. ¿Qué me dice?

—Siéntese usted y hablemos. Su fisonomía no me es desconocida, me parece haberle visto a usted hace ya muchos años, y si mi memoria no me es infiel, fué una noche, Noche Buena, cuando se inauguró en la Plaza Principal un circo, el de Ciarini; estaba yo sentado en la gradería, y...

—¡Qué memoria tiene usted! yo apenas recuerdo eso muy vagamente, y sólo me lo

hace recordar el hecho de que, habiendo llegado tarde y no encontrando acomodo, le metí un gran susto a un chiquillo pecosillo, a quien le hice creer que estaba muriéndose; el chiquillo se fué en un temblor para la casa, pero de seguro comprendió de camino el engaño, porque volvió hecho una furia, y armó una gran gritería por su asiento; yo llamé a un policía, éste le retiró, y yo me quedé tranquilo. Vea, señor González, muchos circos han venido después con mil bullas y aparatos, con elefantes y girafas y atletas y mojigangas, pero ninguno me ha hecho la impresión que ese de Ciarini en la noche de su estreno, mi palabra de honor.

A mí me pasa exactamente lo mismo; ~~ninguno~~ me ha impresionado tanto como ése, en esa noche; no tiene usted más que figurarse cómo me impresionaría, cuando sepa que yo, yo mismo, era y soy el chiquillo pecosillo a quien usted dió el gran susto, a quien usted robó su asiento, y a quien usted, abusando de su tamaño y de su fuerza, de mi flaqueza y de mi insignificancia, arrojó a empellones de la gradería, e hizo ultrajar por un policía no menos brutal e injusto que usted.

—Pero, hombre ¡quién hubiera creído!...

—Hemos terminado; si dentro de tres días no ha pagado usted su deuda, entablaré la ejecución sin ningún género de contemplaciones; hombres que, como usted, son crueles con un niño, no merecen la compasión de Dios ni de los hombres. Puede usted retirarse.

Hubo remate.

¡Para justicias, el tiempo!...

Mundial Magazine, XII-1913.

ALEGRIA DEL MAL AJENO

A JOAQUÍN GARCÍA MONGE

EN materia de habilidad lingüística de nuestras loras, bien conocida *urbis et orbe* y no disputada aún, comparable solamente con la facilidad característica de los polacos, tengo una anécdota que es, en mi humilde concepto, el arquetipo de los casos comprobados y que a la vez indica y establece con presunción *juris tantum*, que nuestras loras piensan con igual maestría que repiten cuanto escuchan.

Allá por los albores del siglo XIX y en una de las primeras casucas que se construyeron en la villa nueva de San José, hoy vanidosa capital de Costa Rica, vivía una buena viejecita llamada Mamita Antolina, madre del que más tarde llegó a ser jurisconsulto muy distinguido. Carecía la buenísima señora de bienes de fortuna y mantenía su hogar con el esfuerzo de su bien sentada inteligencia. Se dedicaba al comercio de cacao en grano y molido; aquél obtenido, ya de los cultivadores de la planta que en Matina

«en urnas de coral cuaja la almendra
que en la espumante jícara rebosa»

o del que muy de semestre en semestre acarreaban los ticos de las plantaciones de la vecina república de Nicaragua, y el molido, iba brotando de la caliente piedra que Mamita Antolina manejaba con habilidad extremada y duro esfuerzo, recogido con primor en el talón de la limpia mano y moldeado con donaire con la punta del cuchillo y el índice de la mano izquierda sobre frescas y amplias hojas de plátano.

Por varios años los indios de la Mosquitia habían dejado tranquilas las haciendas de Martina; el grano nicaragüense llegaba con mediana regularidad y el mercado «se mantenía firme con tendencias a la baja, debido a los grandes arribos, a la amenaza de las futuras cosechas y a la escasez de la demanda.» El caso es que el cacao en grano se vendía «a ocho manos por un real,» es decir, a cuarenta almendras por doce y medio centavos de los de las reales armas de Don Fernando Séptimo, que era la base de la moneda circulante.

Y como en toda la casa, constante de sala, cuarto, caedizo y cocina, no había más alma

humana que la de Mamita Antolina, salvo la del futuro Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien la paseaba por los cercos vecinos, y como Mamita Antolina pasaba el día a la vera del fogón, sobre la piedra del cacao, resultaba que el único ser viviente que podía atender a la tarea de anunciar el arribo de un parroquiano, era la lora de mi cuento, paseándose de amarra en amarra en su palo que colgaba del techo de la sala.

A fuerza de escuchar siempre el mismo diálogo, la lora retornaba al comprador su saludo de entrada, y a la trillada pregunta de «¿A cómo tiene el cacao?» contestaba acto seguido: «A ocho»—y Mamita Antolina, a cuyos oídos llegaba la voz chillona del animalucho, acudía presurosa a despachar al cliente. Era la rutina diaria y bien puede afirmarse que la lora ganaba a conciencia su panecillo empapado de oloroso chocolate y merecía con creces el cariño de su patrona y las alabanzas de propios y extraños.

¡Pero ah!, que nada en este valle de lágrimas es perdurable.

Los indios moscos creyeron llegado el tiempo de hacer otra provechosa irrupción en los cacaotales de Matina y se dejaron venir en

sus piraguas como nube de langostas y se llevaron cuanto cacao contenía la rica región, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos moradores, a los que aún las fiebres palúdicas, endémicas en aquel suelo pantanoso, habían hasta entonces dejado en condiciones de defenderse y hasta se llevaron—¡castigo de Dios!, —a un tal Aimeriche, viejo panzudo y de malos hígados que poseía vastos plantíos del precioso grano.

El caso es que, como habría dicho el Boletín de la Bolsa de Productos, si tal institución hubiera sido inventada en aquellos tiempos de oro, «las cotizaciones de cacao de Matina eran animadas, con muy altos precios, gran demanda, escasísima oferta y stock visible muy bajo, con tendencia marcada a alzas mayores»— y mamita Antolina, se vió precisada a subir el precio, rebajando el número de «manos por real.»

— «¡A cuatro,» lorita, ya sabés: ¡a cuatro! repetía la señora a su verdi-emplumada socia industrial, y al fin la lora aprendió, no sin grandes tropiezos y vacilaciones a contestar «A cuatro» cuando algún parroquiano hacía la estereotipada pregunta «¿A cómo tiene el cacao?»

Esa tarde, final de un día húmedo y caliente del mes de julio, la lorita echaba su siesta asentada en la pata izquierda y con la derecha y la cabeza de copetillo grana escondidas entre las erizadas plumas de esmeralda. Quizá soñaba con el frondoso árbol de mango, que erguía su espaciosa copa a la vera del parlero arroyo en las quiebras del Monte del Aguacate, entre cuyas ramas se meció su nido, conoció su nunca olvidado loro y ambos comieron del dulce y sabroso fruto hasta que la miel les corriera por los acerados picos y les manchara las gualdas plumas del buche. ¡Tiempos aquellos, edad dichosa: aire tibio, sol hirviente, aguaceros torrenciales, perfumes de aroma y de flor de coyol y de marañón maduro y de reseda! ¡Y luego las alegres excursiones invernales a la costa en inmensas bandadas, canturriando graciosas coplas lorescas, y el bellísimo golfo de Nicoya y la Isla de Chira, y los Negritos, y el ancho y majestuoso Océano Pacífico! ¡Y su amante compañero, el más hermoso loro de toda la parvada, con su gentil mancha de grana coronando la graciosa cabeza, sus plumas negras y rojas al extremo de las alas de esmeralda! Y cómo se le acerca y murmura a su lado encantado-

ras frases de amor... y le dice: «Buenas tardes»... ¿A cómo tiene el cacao?...

—«¡A ocho!» contestó instintivamente la lorita al despertar sobresaltada balanceándose en el palo colgante en casa de Mamita Antolina.

Y ésta apareció a despachar al parroquiano, secándose las manos en los pliegues de su limpiísimo delantal de tela criolla de algodón.

—Espácheme seis reales, prontico, porque voy pa Escasú y me coge la noche bajando la cuesta de los Anonos, dijo el cliente, jinete en su menuda pero firme mula de paso.

La buena vieja le acomodó en las alforjas de cabuya torcida el envoltorito conteniendo la preciosa mercancía, a cambio de los seis relucientes tiestos de cortadilla de plata con la cruz y el quinto de la casa de moneda.

Y vuelta la calma, la lorita con la satisfacción del deber cumplido, sacudió sus plumas, restregó el pico contra las uñas de cada pata y entonó el bien conocido «Lorita real del Portugal, vestida de verde y sin medio real, úrria, ¡lorita!», terminado lo cual se dedicó concienzudamente a la tarea de reducir el diámetro de la estaca a las recias tenazadas de su pico de pedernal.

El sábado siguiente, llega de nuevo nuestro comprador, para su mula al frente de la escuálida casucha de Mamita Antolina y sin saludar ni preguntar, grita desde la calle: —¡Upeeee!—¡Ave María!

A las voces del enojado parroquiano, sale Mamita Antolina a inquirir las causas de su enojo.

—¡Gratia Plena! ¿Qué se le ofrece, ñor Candelario? ¿Viene a llevar cacao?

—¡Sí, pero no mercao, sino el que es mío propio. El fueves le merqué seis reales a ocho y usted me lo contó a cuatro y como yo no la vide contar jué y m'engañó! ¡Achará la cara de formalidá que tiene y entantico quiuno se descuida no le mide legal!

—¡Qué está usted diciendo, hombre de Dios! ¿Cuándo le he dicho a usted que el cacao estaba a más de cuatro manos? ¡Todos saben que desde Corpus se vende a cuatro!

—¡A ocho! ¡a ocho! me dijo usted dende la cocina, el fueves ya escureciendo.—Yo lo oyí clarito, y por eso jué que me ecedí a mercar seis reales. ¡Y el trato es trato, y el cristiano por la palabra y el güey por la cachadura!

—Bueno, ñor Candelario, si usted dice que se lo ofrecí a ocho, a ocho se lo daré....

—Por este chiquero de cruces;—contestó el viejo, cruzando los diez dedos de las manos y besando cada cruz con sincera unción.

—Pero yo también le juro por lo más sagrado, que no fuí yo la que le dijo que a ocho, fué esa maldita lora cavilosa que aprendió a decir «a ocho» cuando por tantos años el cacao se vendía a ese precio.

Mediaron más protestas de una y otra parte; el caso quedó arreglado, el hombre se largó refunfuñando y Mamita Antolina, herida en lo más íntimo de su dignidad y su limpísima reputación de mujer honrada y verídica, desahogó su coraje sobre la verde parlachina, origen, fuente, brote y causa del serio disgusto.

Cabizbaja, semidesnuda, achucuyada y maltrecha quedó la lorita, no ya columpiándose en la percha de la sala doméstica, sino en la rugosa y musgosa, polvorienta y reseca rama de un poró de la cerca en el fondo del patio, entre patos y gallinas, chanchos y palomitas de Castilla.

Y aquí viene el caso maravilloso a que aludí al principio de mi histórico relato.

Un perrillo ladrón había sido arrojado a patos del corral vecino y como alma que lleva el diablo atravesó un portillo de la desvenci-

jada cerca y se guareció al amparo de los dominios señoriales de Mamita Antolina, con quien la vecina no había celebrado tratado de extradición. La lora, al oírlo chillar y al verlo perniquebrado y contuso, obedeciendo a los feroces instintos y duros sentimientos que sólo en la raza humana tienen dominio, alegrándose del mal ajeno, soltó estruendosa carcajada, y entre silbos y burlas, exclamó:

— «¡Ja, ja! ¿Vos también dijiste que a ocho?»

New York 27-v-1919.

Repertorio Americano.

CRIMINAL NEGLIGENCIA

(A mi primo CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO)

MUCHO se esforzaron mis padres (q. de D. g.) en prepararme ampliamente para la difícil lucha por la vida; mucho hicieron por desarrollar y robustecer las dotes naturales que en mi niñez acertaron a despuntar y grandes y continuados fueron sus sacrificios para que nada faltara a mi armadura intelectual, pero aún no me explico la ceguera que les impidió apreciar el inmenso caudal que mi garganta encerraba y que pugnaba por mostrarse cuando apenas contaba yo nueve años de edad.

Mi voz, entonces era dulce y sonora como una flauta de cristal, como el trino de un yigüirro, como los gorgeos de un zenzontle; robusta y voluminosa como el canto del cuyeo, llegando a notas asombrosamente agudas como las de la piapia y a suavidades y trémolos como los de la torcaz.

Si estuvieran vivos, pondría de testigos a don Marcelo Zúñiga y a don Alejandro

Cardona con quienes aprendí los cantos de los pastores con villancicos y zorzicos—y a don Mateo Fournier con quien esgrimí en zarzuelas al amparo de doña Concha Corrales; y que lo diga hoy don Pilar Jiménez, el queridísimo maestro Pilar, quien para gozo y solaz nuestro vive aún, y bajo cuya batuta entoné trozos de ópera seria y toda la parte de soprano de la notabilísima Misa de Lambillot, recibiendo caricias, aplausos, parabienes y menciones honoríficas del público josefino, en aquel entonces uno de los más peritos en achaques musicales.

Pues verán mis lectores cómo mi carrera musical, que a más de haber podido darme honra y provecho hubiera comunicado lustre y vanagloria a Costa Rica, se la llevaron todos los diantres por la falta de empuje doméstico.

Acababa de desbandarse en San José la Compañía de Opera Italiana, llamada «de Petrilli», dejando rezagados e indigentes a Grossi, barítono, a la señora de Grossi, soprano y a cuatro o seis coristas machos. Urgía reunir fondos para emigrar a más amplios horizontes y resolvieron los náufragos dar una velada operática «con la cooperación,—

así lo rezaba el programa,—de algunos notables aficionados nacionales quienes generosamente han prestado su valioso concurso para dar mayor realce a esta velada».

Se llevaba a la escena, en el antiguo y desvencijado «Teatro Municipal» o «Teatro de Mora», una selección de trozos de la inimitable ópera del inspirado maestro Verdi, que lleva por título «Hernani».

Y es claro, entre los «notables aficionados» se escogió a este humilde servidor de ustedes para el corto pero importantísimo papel de paje, pues además de requerirse una voz clara y bien timbrada, se exigía una presencia noble, elegante, digna y cautivadora, cual cumple a quienes tan elevada categoría desempeñan, y cual la pródiga Naturaleza se había complacido en ofrendarme desde la cuna, aunque me esté mal el decirlo.

Y solicité el permiso paterno para prestar mi valioso concurso.

Fué a la hora de la comida, en presencia de mi madre, mi abuela, mi hermano Chepe, y Pirinola, el muchacho que nos servía a la mesa.

Trascribo la conversación:

Yo.—Papá, ¿me da permiso de salir de paje en Opera a beneficio de los señores Grossi?

Papá.—Lo que diga tu mamá.

Mamá.—Si sale con su vestidito de los domingos, *sí*; pero si hay que hacerle ropa especial, *no*; ¡no está la Magdalena para tafetanes!

Yo.—¿Cómo voy a salir de paje de un Duque, con blusa y calzones de mezclilla!!

Mamá.—¡Pues que busquen a otro!

Yo.—Pero ya yo le dije al señor Grossi—(pucheros)... y él me dijo... (llanto)... y entonces yo le dije... (más llanto)... y la señora Grossi dijo... (abundantísimo llanto)...

Mi abuela.—Niñá, ¡vos parecés una madre de poró! ¿Por qué te has de encaprichar por lo que haya de costar un vestidillo de paje? ¡Yo se lo hago, dejalo salir!

Mamá.—¡Así sí!, pero con la condición de que si me dan una sola queja tuya en estos días, o no repasás tus lecciones o te negás a hacerme los mandados, no salís; ¡te prometo que te lo cumplo, mocoso, lloretas!

Chepe.—¡Qué bonito que te vas a ver! Vas a parecer un mico, vestido de mantudo y con esa cara pecosa y ese pelo chuzo color de achiote!

Pirinola.—(Estentórea carcajada y disimuladas imitaciones de mico, rascándose los costados).

Pero conseguí el deseado permiso, y por encargo de mi abuela, fuí a informarme de los detalles de la indumentaria, que resultaron ser: justillo de pana, con cuello y puños de encaje, calzón corto, ceñido, también de pana, medias altas y zapatillas con tacón rojo y hebilla de plata; cinturón de cuero charolado con escarcela de seda o cuero; lazos de cinta en los extremos del calzón y botones de azabache cerrando el justillo. ¡Un verdadero sueño, un traje de príncipe como el que estaba pintado en la etiqueta de las botellas del Agua Florida!

Al oír la descripción que hice, lleno de alborozo, mi abuela frunció el ceño.

—¡No señor, nada de panas ni charoles, ¡eso cuesta un platal! ¡Yo se lo arreglaré a mi modo y ya verá qué lindo!

—¡Admirable! ¡Ahora, a ensayar!

Y a casa del Maestro Director y Concer-tador, Signor Pietro Vissonni, del Gran Teatro Carlo Felice de Génova—(¿qué tal?)—a que me repase mi parte!

—Ragatzo, domani a la noche, nel Teatro, coi altri. Sua parte solamente sei parole», me dijo el Director en italiano salpicado de español.

Y, claro, al día siguiente al oscurecer, ya estaba yo en el Teatro haciéndole compañía a Ñor Sánchez, el Conserje encargado de las lámparas de petróleo y a Enrique Ellerbok, utilero y tramoyista.

Hasta las ocho no comenzaron a llegar los artistas y los notables aficionados nacionales, a todos los que fuí saludando, asumiendo aires de «uno de la manada». Llegaron también el Director y los músicos que componían la orquesta, entre quienes recuerdo a Zonto Chaves, corno inglés; maestro Gutiérrez, violín; Benjamín Jiménez, viola; Mateo Fournier, flauta; Malaquías Fonseca, clarinete; Chirrites, trombón; Calvo, trompa; Cardalda, requinto; don Pilar Jiménez, violoncello, y Chico Vargas, contrabajo.

Y se repasó cuanto era necesario repasar, especialmente lo de los «notables aficionados nacionales»; mas como no se me llamaba a tomar parte y el ensayo casi llegaba a su término, hube de acercarme respetuosamente al Maestro Vissonni e inquirí de él semejante olvido.

—Oh, sí; ora medésimo lo vedremo,—me dijo y con el índice de la mano derecha tocó en el piano dos notas, un *sol* y un *do*, al

mismo tiempo que cantaba: «*per voi*» y me lo hizo repetir unas cuantas veces; después, y siempre con el índice, tocó una especie de escala descendente de cinco notas, cantando al mismo tiempo esta hermosísima frase «*é quí un signore*», la que repetí de un modo admirable!

—Bene, molto bene, *é tutto!*—dijo el Maestro—y se levantó a cortar trozos de la ópera, con un grueso lápiz azul, en los papeles distribuidos a la orquesta.

No me pareció que mi parte era la más conspicua, no obstante que sí la consideraba muy importante, dado que, según me explicó enseguida el insigne Grossi, yo debía cantar el primer trozo en el momento oportunísimo, entregando al Duque una esquila tendida en anchurosa bandeja de plata, y que la otra aria debía entonarla desde la puerta del foro, abriendo al mismo tiempo las ricas cortinas de terciopelo, y que, como él decía, «*tutto in tempo, ben timbrato e senza paura*».

A mis instancias, uno de los coristas machos me copió la letra, y me largué a casa, con el corazón rebotante de entusiasmo artístico.

Al pasar por la Plaza Principal, hoy Parque Central, me detuve ante un majestuoso hi-

guerón al que hice figurar como representante del Duque, eché una hoja seca en mi sombrero, y asumiendo la respetuosa apostura del caso, hice un gracioso saludo, me acerqué al árbol y alargándole el sombrero, canté: per voi! después me retiré retrocediendo y haciendo reverencias; luego fingí también el solemne acto de anunciar al señor visitante, y entoné: «é qui un signore!» La plaza entera resonó con las dulcísimas notas de mi canto y las paredes del Cuartel Principal y de la casa de Morrell y del Almacén de von Schroter y de las tiendas de Teodorico Quirós, Arguedas y Belisario Fernández, así como el majestuoso atrio de la Catedral reflejaron la tiernísima frase y la arrobadora melodía.

También repetí mis trozos al poste de amarrar vacas en la puerta del maestro carpintero don Juan de Jesús Jiménez, frente al Seminario; y fui alborozado a repetírselo a mi madre y a mi abuela, quienes tomaban en esos momentos sendas tazas de olorosísimo chocolate.

Me detuve a la puerta del comedor y previa la reverencia del caso, extendí el sombrero y con majestuosos pasos me acerqué a mi madre y le grité: «per voi!»

—¡Silencio, muchacho, me vas a despertar a la chiquita!

—Es que quiero que oigan cómo va a ser mi parte en la ópera.

Nada de óperas ni de comiquerías, ¡vaya a acostarse, que ya son casi las once!

Y tuve que callar y largarme a la cama.

Naturalmente, soñé con extraordinaria vive-
dez, con todas las peripecias de la ópera, y
con el castillo del Duque y con Carlos Quin-
to y con el Conde Cardona y los conspira-
dores y el gallardo Hernani.

Al día siguiente ya tropecé en la escuela
con que mi hermano Chepe había referido
en confidencia a nuestros condiscípulos que
yo iba a salir de mico en el teatro y que ya
en casa me estaban confeccionando un vestido
con rabo y todo. Desmentí la falsísima ase-
veración. No fuí creído. Pasé amarguísimos
ratos con las burlas y cuchufletas, pero todo
lo soporté estoicamente.

A la tarde, como ni mi madre, ni mi abuela
quisieran escucharme, acudí a Manuela, la
célebre Manuela Jiménez, la incomparable
cocinera de mi casa. A cambio de acarrearle
unos tres brazadas de leña seca, consintió en

oírme y en representar ella, de una manera muda, al imponentísimo Duque.

Era Manuela de porte mediano, raquítica, desgarbada y con notable distensión de la glándula tiroides izquierda, es decir, gūecha, lo que no le daba ciertamente el aire majestuoso que requería la personificación del Duque, pero en cambio, ella había, en sus mocedades ya lejanas, cantado tonadas populares, casi todas de extremado lirismo, y aún canturreaba el *Aben Hamet*, el *Tronco Infeliz*, el *Abre las puertas de tus balcones*, el *Cual hoja seca* y otros cantos, haciéndoles calderones quejumbrosos y cadencias de un sentimiento inimitable. Era, pues, en mi concepto, una autoridad no despreciable en asuntos líricos.

Repetida en su presencia, toda la parte de mi difícil cometido, mereció su calurosa aprobación, no sin que me hiciera ligeras pero muy pertinentes observaciones tocante a la altísima nota final del «per voi», y a la corrección en el movimiento al descorrer el cortinaje.

—Mirá, con los dos brazos a un tiempo, empujás las dos cortinas y dentrás ispiando al Duque y entonce le cantás el recaó y endispués caminás p'atrás y zafás como de a lao cuando él te haga señas de que le

digás a la vesita que pase p'alante, y ya verés como te lucís.

¡Qué diferencia entre esa humilde y modesta dilettanti, alentándome y aconsejándome con generoso altruismo, y los otros, todos, tratando cobardemente de ahogar mis prístinos anhelos y mi nobilísima ambición!

Era que Manuela tenía alma de artista, sabía juzgar y adivinaba el glorioso porvenir que mis dotes naturales me estaban ofreciendo a manos llenas.

Ya en la tarde, mi abuela me citó para la prueba del traje y se resolvió que la bandeja del pan bien frotada con ceniza cernida, sal y limón, quedaría que ni pintaba para la solemne escena de la entrega de la carta.

El traje que la buenísima de mi abuela me pergeñaba, consistía simplemente de tres piezas: blusa floja y calzón corto, ambos de coletilla verde esmeralda con grandes botones de madera forrados del mismo género y un par de medias largas, de un azul de cielo muy subido; en el cuello de la blusa, una gorguera estilo cervantesco, de lienzo blanco plegado y los puños con tres hileras de hiladilla blanca.

—¿Ya ves qué bonito? ¡Te vas a ver como un príncipe!

—Pero esto no es pana... y faltan los lazos... y...

—Eso de noche se ve como pana y aun mejor que pana, y en cuanto los lazos y la faja, te los haré con unas tiras de guinga colorada y quedarán de rechupete.

—¿Y qué me pongo como zapatillas?

—Mirá, unas zapatillas como las que vos querés cuestan una cuarta, y como tu papel es de sólo un momentico, con tus zapatos bien lustreados basta.

—Pero es que...

—Ah, pues entonces no salís, porque ya oíste lo que dijo tu mamá.

El argumento no tenía réplica; capitulé.

* * *

Llegó por fin el tan deseado día.

Con Manuela, en el corredor de la cocina, dí el último toque a mi papel; estaba, según su expresión, ¡como navaja de barba!

A las cuatro de la tarde, ya estaban mis humildes zapatos de becerro más brillantes que cacao derretido; milagros de una sabia combinación de betún, zumo de naranja agria y saliva, y mucho cepillo, mucho baho y más y más cepillo.

Las siete me sonaron ya en el escenario del Teatro, con mi motete de ropa y la consabida bandeja limpia como una patena.

Y el teatro se llenó de bote en bote; lo más granado de la sociedad josefina y algunas personas principales de provincias, colmaban palcos y platea.

Las pobrísimas lámparas de petróleo parecía que hubieran crecido en número e intensidad; todo lo teñían con sus reflejos de oro.

Y dió comienzo la velada.

En los programas, el público había sido notificado de los números que le esperaban y de los nombres de las personas que en la fiesta tomaban parte.

Al hacer la lista de los artistas que representarían los personajes de las selecciones de Hernani, al final de todos se leía.—Un paje...
....N. N.»

¿Por qué no habían puesto mi nombre? No lo sé, pero me causó resentimiento. ¡Ingrata humanidad!

La orquesta abrió la velada con la preciosa overtura de «Poeta y Aldeano» que fué aplaudidísima; después la señora de Grossi cantó con maestría un magnífico trozo de Donizetti, ambos fueron ovacionados; las siguió don Pilar

con su violoncello con «Una furtiva lágrima» y el público lo aclamó entusiasmado.

Hubo entreacto.

Y llegó el trance, es decir: Hernani.

Y el corazón se me saltaba del pecho, y una carraspera, y las manos se me pusieron frías y sudorosas y mentalmente pasaba y repasaba las siete notas y las seis palabras de mi papel, con los ojos clavados en el segundo apunte que debía indicarme las salidas.

De mi sudorosa diestra colgaba la bandeja y un trozo del programa cuidadosamente plegado hacía veces de esquila.

—¡Magoncillo, ya, listo! ¡foro derecha!... ¡Afuera!

El público, como un inmenso ogro de cien mil cabezas, me aterrorizaba; temblaba yo de pies a cabeza y la bandeja con el billete vacilaba en mi mano tiesa como un palo.

A la señal del Maestro Vissonni y siguiendo los acertados consejos de Manuela, me acerqué al Duque, le solté el par de notas, le entregué la misiva y me retiré airosamente por donde había entrado.—La cosa había quedado muy bien.

Pasó un siglo.

—¡Magón, listo! ¡foro, descorriendo cortinaje!...
¡...Afuera!

Tenía yo dominado al público, ya era mío; casi le había perdido el miedo.

El aire con que descorrí el cortinaje, fué magistral, solemnísima la reverencia al airado Duque y qué torrente de miel y de armonía cuando le dije.

—E qué un Signore!...

Y luego el desdén altanero del Duque al indicarme que hiciera pasar la visita y cómo hice la segunda reverencia, y sobrepasando a Manuela, sostuve con la zurda una cortina y con la diestra invité al visitante a pasar adelante, y lo saludé y saludé a la derecha y a la izquierda y al público y con nobilísimo porte hice mutis por el foro!

¡Me salió magnifiquísimo!



Al día siguiente, al almuerzo, se entabló la siguiente conversación:

Mi padre.—Hombré, ¿por qué saliste anoche con los calzones desabotonados? ¿Y qué era aquello que no acababas nunca de meterte, haciendo cortesías como un porfiado de circo de toros?

Mi madre.—¿Así salió? Nada nuevo, este pecoso jamás se abotona; ¡qué vergüenza!

Mi hermano.—¿Sabés qué parecías? Un fósforo encendido arrollado en una hoja de güitite!

Mi abuela.—Lo de los botones fué culpa mía que no se los puse, pero todos ustedes son unos desconsiderados; el pobre muchacho hizo lo que pudo y de seguro que lo hizo bien.

Yo.—Encendido como una amapola, en completo mutismo y en copioso llanto, dejé la mesa y me retiré avergonzado a buscar el amparo de la única persona que en la casa tenía el derecho de pronunciarse en materia de arte, a Manuela, quien después de oír mi querella, encandiló la mirada y gesticulando se soltó en improperios contra los despiadados críticos:

—¡Ingratos, envidiosos, descorazonaos, sin conciencia! ¿Y ese sapo de tu hermano pa qué habla? ¿Ah? Si a ése no le luciría ni la corona de la Virgen de los Angeles en aquella jupa de cabezón! Dios me libre de murmurar del prójimo y más menos de mis patrones, pero ese nues modo de ver por el porvenir de por delante de los hijos. ¡Los había de castigar Dios quitándote la intonación pa que les ardiera!

Y creo, aunque no estoy seguro, que la

maldición de la vieja se cumplió, porque desde aquel día, todos cuantos me han oído cantar, me han dicho sinceramente que mi voz está muy lejos de parecerse a la de Caruso!

New York, vii-1919.

UNOS NOVIOS ¹

ÑOR Sebastián Solano, viejo que abrió los ojos allá por el año de la Independencia, que después de batirse como un bravo en nuestra única y tan soñada Campaña Nacional, supo acumular una regular fortunita, vive en santa y regalada paz en el pueblo de su nacimiento, en compañía de su familia, compuesta de ña Teresa Rivera, su arrugada costilla, y de su «unicuija», la donairosa Jacinta o Chinta, como sus padres la han confirmado.

Lencho Anchía, mozo de unos veinticinco años, vecino y ahijado de ñor Solano, entabló amores con Chinta, y, correspondido por ésta, todo fué uno quererse y casarse con el beneplácito de toda la parentela.

Yo he venido siendo amigo de ñor Sebastián, y por consiguiente, fuí por él invitado a la boda con todos sus circunloquios.

¹ Por un olvido, se quedó este artículo fuera de lugar. Le corresponde el que sigue al titulado *Una Vela*.

—Vea, don Magón, lo qu'es por bestia no deje de ir; el sábado bajo y le dejo el patas blancas pa que vaye: es cosa de probes, no se figure que va ber budines ni bistedes.

Y lo que fué por bestia no dejé de ir; fui en el «patas blancas» a trote desgarrador y me encontré en plena fiesta de novios, la casa de mi buen amigo ñor Sebastián Solano.

Sobre la tranquera lucía un hermoso arco de «bambuses», entrelazados con pacaya y sauco, y cubierto de flores de reina de la noche; el patio, amplio y despejado, había sido barrido a conciencia; los corredores estaban adornados con vástagos de plátano y banderitas de papel, y la sala brillaba como una camisa almidonada, cubierta de flores y adornada con cortinas y antimacasares prendidos con poco arte y menos gusto, de cuanto ángulo saliente o cajón de puerta y ventana daban lugar a recibir un clavo.

La ceremonia eclasiástica había tenido verificativo a las cinco de la mañana en la Ermita del pueblo, ante numeroso concurso y con su acompañamiento de bombas y cohetes, su velorio y repiqueteo de campanas y chorreadera de candelas de cera y esperma.

De manera que, a mi llegada, los viejos,

los novios y la concurrencia, sólo se ocupaban del hartazgo, de la bebedera, del baile y del consiguiente jaleo. x

Los músicos, un violín, un clarinete y una guitarra, lanzaban al aire alegres aunque desentonadas notas; los «muchachones» se esforzaban en bailar atropelladamente agarrados a sus respectivas parejas; los viejos se atarugaban de lomo relleno, café y cuajadas, arrojados en la cocina; los novios coqueteaban encaramados en una canoa a la vera del corredor, y ñor Sebastián y su vieja sudaban la gota gorda por mostrarse complacientes y dejar bien sentados su nombre y su fama de personas «rajadas pa un convite».

—Mándese apiar, don Magón. Ya yo me creí que no venía.

—Sí, señor, hora me lo estaba diciendo Sebastián, que qué sería la tardanza.

—Venga pa que conozca a Lencho y pa que vea a Chinta.

Corrió ñor Sebastián, agarró a Lencho de una punta de la chaqueta y me lo empujó echándomelo encima, a la vez que me lo presentaba con estas palabras:

—Este es el mentao Lencho Anchía, que aunque es feo el decilo y no es porque se

haiga casao con m'hija, no tiene por qué le ponga naide la cara en vergüenza en ninguna facultá.

Ña Teresa me señaló a Chinta, toda avergonzada y confusa. Temblaban en los ojos de la buena vieja un par de lagrimones; su cara denotaba encontrados sentimientos de placer y de ternura y la sangre franca y leal de nuestras campesinas coloreaba las arrugas de su honrada frente.

—Nu'es porque sea m'hija, don Magón, pero vale lo que pesa en oro; ella pa la plancha, ella pa la piedra, ella pa la batea, y mas que no sepa la o por redondo, eso sí buena cristiana y buena hija con sus padres.

Chinta tenía que ser cuanto su madre decía: si la cara es el espejo del alma y a los ojos se asoma el corazón en las horas de supremo placer como en las de honda angustia, si para reir como para llorar, lo bueno y lo bello despliegan o contraen los labios o los párpados, aquella niña era dechado de virtud y de ternura.

Era alta, esbelta, morena. Abundosa y rizada trenza de negrísimo cabello sombreaba el óvalo correcto y picaresco de su linda cara; brillaban bajo sutiles cejas y al amparo de

sedosas pestañas, unos ojos más negros que la conciencia de un agiotista y más juguetones que gato vagabundo; la boca, como flor de granada rociada de sereno, daba paso al candor y a la inocencia en forma de sonrisa; la blanquísima gola de la fina camisa, a duras penas contenía la exhuberante curva del turgente seno; la respiración anhelosa hacía temblar la luz en las plateadas lentejuelas y formaba magnífico pedestal a tan hermoso busto la graciosa ondulación de la breve cintura y la apretada redondez de las caderas. El color bronceado claro del fino cutis, la atrevida sencillez de los desnudos hombros, el terciopelo del fino vello de los torneados brazos, la corona de azahares olorosos, la húmeda mirada, la sonrisa zalamera y el todo de aquel botón de tricopilía, lleno de sangre joven y de perfume de selva virgen, me hicieron envidiar la suerte del novio, del venturoso Lencho a quien odié un instante y por quien me hubiera trocado a pesar de sus manotas callosas, sus orejas llenas de tierra, sus talones «rajaos» y su chaqueta color de panza de burro y sus calzones negros de cuero de diablo.

—¡Tóquense el torito!

—¡Sí, arrelen a un zapatiao y que bailen los novios!

El clarinete rompió el silencio con las pican-tes notas del torito, el violín hacía segunda y en la guitarra vibraban las sonoras cuerdas con un rasgueo endemoniado que hacía saltar el corazón y anudaba el gozo a la garganta.

Los novios se abrieron paso y los mirones hicieron cancha.

Lencho, con su pañuelo de seda rojo echado al cuello y del que agarraba las puntas con ambas manos, restregaba las patas en el suelo de tierra y llevaba el compás con las angulosas caderas, dando vueltas al rededor de Chinta, hincando ora una rodilla, ora la otra, tirándole besos con la punta de los dedos y lanzando de pronto vivas a su airosa pareja.

Chinta, cogida la cintura con aire desdeño-
so, enarcando el gracioso cuello, con la per-
petua sonrisa en los labios, con jacarandosa y
sandunguera alegría en el semblante y estre-
mecimientos provocativos, movía los pies con
acompasado ritmo y escurría el cuerpo al
galante parejo.

Ña Teresa hacía pucheritos en un rincón de la sala, y ñor Sebastián resoplaba entre la piña de mirones con las cuerdas del pescuezo

tirantes como bordones de contrabajo, la cara amarrada y sudorosa y la boca abierta de par en par, dando ancho paso a la alegría que le llenaba el cuerpo y a la satisfacción que le rebosaba el alma. —

Concluido el torito, una ruidosa, atronadora aclamación acogió a los bailarines, entraron a la lid nuevas parejas, mientras que las salientes se entretenían en placeres más sólidos alrededor del «molendero» de la cocina, atestado de gallinas rellenas, lomos, chorizo, huevos duros, queso fresco, cuajadas, pan dulce y rosquetes, e infinidad de bocaditos más o menos sabrosos.

Yo me saqué la tripa de mal año, y hasta una indigestión, atipándome de cuanto yo creí que me gustaba, además de lo que los viejos me hacían creer que era bueno, y a las once de la mañana, un tanto soco y un mucho ahito, me dormí profundamente al pie de un frondoso higuierón, al arrullo de las músicas nacionales, envidiando a Lencho y cantando entre dientes:

Echame ese toro ajuera,
hijo de la vaca mora,
pará sacarle una suerte
delante de mi señora. X

El Heraldo de C. R., 12-IV-96.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Con el Autor	5
Dos de Noviembre	11
Jorge Isaacs	15
En blanco	18
+ Noche Buena	22
Un baño en La Prasa	29
+ Un día de mercado en la Plaza Principal	36
Un almuerzo campestre	50
✓ Mi primer estudio	61
✓ ¿Quiere Ud. quedarse a comer?	73
Una obra de misericordia	85
Sin cocinera	98
Taquilla, Pulpería y Tercera	105
✓ Una Vela	117
✓ Camañuelas	133
✓ Al baratillo	141
El cañón de roble	148
✓ El cis de sól	157
✓ La Muñeca del Niño Dios	163
El Tequendams	167
Dos de Noviembre	174
✓ Mi tío Chepe González	180
✓ Episodios Nacionales. 1885	184
✓ Los dos músicos	193
✓ Time is money	197
✓ 20 de Julio de 1810	200
✓ Un discurso impercedero	204
+ La Propia	210
✓ El principio de autoridad	230
✓ El mozoitio de Pochet	240
✓ Elogio de la lengua materna	244
+ Para justicias, el tiempo	247
✓ Alegría del mal ajeno	263
✓ Criminal negligencia	272
✓ Unos novios	289

